

---

# La política mexicana de fin de década y el extraño caso de Alf Caputo

Daniela Spenser-Grollová\*

Uno de los últimos actos del gobierno provisional de Emilio Portes Gil en enero de 1930 fue romper las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. En público, Portes Gil declaró que tanto el embajador soviético en México, Alexander Makar, como los comunistas mexicanos, dirigidos desde Moscú, querían socavar la tranquilidad y la estabilidad del país. Portes Gil argumentó que la razón principal para romper las relaciones con la URSS había sido los ataques de los comunistas a las embajadas y los consulados mexicanos en el extranjero, y las manifestaciones callejeras organizadas por el Partido Comunista Mexicano en las que se vilipendiaba al gobierno. Lo que el presidente omitió decir fue que tenía conocimiento de un vasto complot soviético diseñado para “causar a México todo el mal que podía”.<sup>1</sup>

No fue sino hasta que Portes Gil escribió su autobiografía política cuando reveló el hecho de que a mediados de enero de 1930 la cancillería había recibido un informe “confidencial [...] obtenido de una de las agencias de investigación policiaca de más prestigio en Europa”, según el cual “el Departamento del Interior” soviético estaba a punto de llevar a cabo un complot para desestabilizar al gobierno mexicano.<sup>2</sup> A la cabeza de ese supuesto plan se encontraban dos

agentes comunistas: Ivan Tetarischvilli y Gregor Servaliek, su ayudante. Su tarea en México iba a ser la organización de una red de propaganda y sabotaje con el fin último de debilitar a Estados Unidos mediante la interrupción de la explotación del petróleo mexicano y de su suministro. Para lograr su propósito, los agentes soviéticos utilizarían el territorio mexicano en toda su extensión, pero sobre todo las ciudades industriales y fronterizas y los puertos como Tampico y Veracruz, en donde concentrarían el armamento y organizarían las células de propaganda y de espionaje. Con la ayuda de la oposición mexicana al gobierno y de los ciudadanos chinos que los soviéticos adiestrarían, el país entero se volvería el escenario de una erupción revolucionaria. Los países de América Central—Guatemala y Honduras—servirían de apoyo logístico. El complot en contra de México iba a ser dirigido supuestamente desde Berlín por un distinguido “Jefe de la Dirección” de la Tercera Internacional y agente de los servicios secretos de la URSS.

Además del informe principal, el gobierno recibió “informes complementarios” que detallaron la forma de financiar el plan subversivo. No sólo los bancos sino la GPU—la temible policía secreta soviética—apoyarían el complot. El siniestro plan incluía además atentados a personalidades como el mismo Portes Gil, el inspector de la policía, los secretarios de Gober-

\* Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).

nación y Guerra y el presidente electo Pascual Ortiz Rubio. Una vez que conoció el peligro que corría México, nos dice Portes Gil, su conciencia le dictó romper la relación con un poder hostil, pues “no podía yo hacer mayor bien a mi país”.<sup>3</sup>

La historia de la ruptura diplomática con la URSS no ameritaría más estudios de los ya hechos por numerosos autores<sup>4</sup> si la información que Portes Gil dijo haber recibido fuera cierta. Pero no lo fue. Fue inventada de principio a fin, sin que el gobierno mexicano procediera a averiguar la veracidad de la información y la confiabilidad de la persona que la había proporcionado al embajador mexicano en Berlín y a los cónsules en varias capitales europeas.<sup>5</sup> En consecuencia, México rompió las relaciones con la URSS, persiguió a los comunistas e ilegalizó su partido, basando su decisión en invenciones de alguien que había hecho su *modus vivendi* de la falsificación y entrega de documentos a los gobiernos que actuaban en un clima internacional caracterizado por la paranoia y la histeria antibolcheviques. A continuación, presentaré la suerte que corrió el autor de los documentos antes de ser descubierto como embustero. Segundo, analizaré el contexto político mexicano en medio del cual los documentos hicieron mella. Terminaré con una apreciación de la política mexicana en los finales de los años veinte.

El autor de los informes que Portes Gil recibió se llamaba Alfredo Caputo. Era italiano y en 1929 tenía 43 años de edad. Antes de que Benito Mussolini llegara al poder en 1922, se dedicó al periodismo. Siendo un liberal, perdió el trabajo y se fue a vivir a Alemania. En abril de 1929 el ocioso periodista escribió al secretario de Estado del vecino país, Henry L. Stimson, ofreciéndole sus servicios para lo que fuera. Caputo sabía que los estadounidenses apreciaban el espíritu emprendedor individual y su aplicación a las mejores causas. La lucha contra el poder soviético era una de ellas. En términos nada ambiguos, Caputo se describió a sí mismo como la persona cuyo destino manifiesto era servir a Estados Unidos:

sé nueve idiomas, he estado en todas las partes del mundo, conozco personalmente

a casi todas las cabezas de los gobiernos y a los más prominentes políticos en Europa. Durante once años tuve la fortuna de ser íntimo del fallecido primer ministro —Giovanni Giolitti— quien me confió varias importantes misiones en el extranjero.<sup>6</sup>

Caputo ofreció sus habilidades y sus conocimientos al gobierno estadounidense a cambio, aparentemente, de la única satisfacción de hacer el bien. Su experiencia lo convirtió en un experto en los asuntos de los Balcanes y del Oriente; se enorgullecía de ser uno de los pocos periodistas que veía con claridad la naturaleza de las intrigas internacionales de Gran Bretaña; pero su máxima especialidad era su comprensión del sistema bolchevique y de sus debilidades, que él sabría aprovechar políticamente en beneficio del gobierno de Estados Unidos.<sup>7</sup>

Para demostrar su capacidad de acceso a las redes clandestinas de información, Caputo entregó al agregado militar de la embajada en Berlín un informe sobre las actividades bolcheviques en Estados Unidos. El Departamento de Estado recibió el escrito pero no aceptó los servicios de Caputo. Tampoco los rechazó. En los meses que siguieron el Departamento mantuvo contacto con el italiano; aceptaba los resultados de sus supuestas indagaciones mientras averiguaba la veracidad de la información e investigaba al sujeto que se la proporcionaba.

Como prueba de su destreza para conseguir información filtrada de la Unión Soviética sobre los proyectos de los bolcheviques para debilitar a las potencias capitalistas, Caputo proporcionó al Departamento de Estado datos sobre la preparación de la subversión soviética en Estados Unidos. Incluía información sobre los posibles asesinatos de altos funcionarios del gobierno, como el secretario de Estado e inclusive el presidente. En un escrito de marzo de 1930, Caputo advirtió al gobierno estadounidense que se estaba planeando un ataque terrorista para el siguiente julio, pero que ya en ese momento había varias decenas de rusos en su territorio. El plan subversivo era dirigido supuestamente desde Berlín y tenía un enlace secreto en Estados Unidos. Pero si el gobierno emplea-

ba a Caputo, "la extinción del bolchevismo será un hecho consumado en no más de un año".<sup>8</sup>

Por la carta anterior sabemos que, al menos en marzo de 1930, Caputo no era un empleado del gobierno de Washington. Sin embargo, cuando llegó a la embajada mexicana en Berlín en enero de 1930 para entregar el informe arriba detallado al embajador Primo Villa Michel, se presentó como si fuera un funcionario del Departamento de Justicia y del Departamento del Tesoro. Villa Michel se lo comunicó así a Portes Gil y el presidente lo consignó en su autobiografía como la ya mencionada fuente digna de confianza por ser "una de las agencias de investigación policiaca de mayor prestigio en Europa".

El esquema del complot soviético que Caputo entregó a la embajada mexicana en enero de 1930 era el mismo que utilizaría para alertar al gobierno norteamericano dos meses después y a los embajadores de Venezuela, Colombia, Brasil y Perú en 1932, antes de que fuera descubierto como un estafador.

Según el machote que Caputo tenía preparado para la distribución, y que adaptó a cada caso particular, el complot había sido concebido por "el Buró Político" en Moscú y se trataba de intensificar sus actividades de organización ya existentes en uno y otro país. En cada caso el informe de Caputo nombraba a "famosos terroristas", probados miembros del partido, peligrosos y sin escrúpulos, dispuestos a llevar a cabo cualquier acto para lograr su objetivo. En el caso de México, el texto que Portes Gil incluyó en su autobiografía es, palabra más palabra menos, el mismo que se puede consultar en el expediente de Caputo.<sup>9</sup> Portes Gil no lo inventó.

Originalmente, el gobierno mexicano recibió directamente desde Berlín la información sobre el intento soviético para derrocarlo, pero la obtuvo también de la embajada de Estados Unidos en México en marzo de 1930, después de haber roto las relaciones con la URSS.<sup>10</sup> Fue en realidad el mismo Caputo quien se encargó de que su informe llegara a la cancillería estadounidense para demostrar la extensión de su red de informantes y la habilidad con que sabía reunir información de carácter delicado. Cuando la embajada norteamericana se acercó a la cancillería

mexicana para compartir los datos que Caputo había enviado al Departamento de Estado, ésta, en lugar de decirle que tenía pleno conocimiento de la información, dio a entender al funcionario que Estados Unidos tampoco era inmune al ataque bolchevique. Según Genaro Estrada, un comando comunista en Montevideo, Uruguay, preparaba un ataque al Canal de Panamá. Su fuente le informó además acerca de la vecina extensión de las actividades comunistas en California, con sede en San Diego.<sup>11</sup>

Ninguno de los gobiernos proporcionó al otro evidencia alguna en apoyo de sus respectivos alegatos sobre el peligro comunista que acechaba al país vecino. El Departamento de Estado nunca reveló al gobierno mexicano el origen de su información. Tampoco el canciller Estrada dio a conocer a la embajada de Estados Unidos la procedencia de sus datos. De haberlo hecho, los dos gobiernos hubieran podido darse cuenta de que habían caído en la trampa del mismo embustero. A pesar de que las relaciones entre México y Estados Unidos habían mejorado notablemente desde que en 1927 el Departamento de Estado revocara al altanero James Sheffield y lo remplazara por el simpático Dwight Morrow como embajador en México, los dos gobiernos aparentaron colaborar en cuestiones de inteligencia y resguardo de la seguridad nacional; en realidad, cada uno actuó de acuerdo con sus propios intereses y percepciones acerca de lo que constituía el interés nacional. La seguridad colectiva estaba lejos de ser un objetivo compartido.

En mayo de 1930 Caputo viajó a Estados Unidos. Antes de salir de Berlín visitó al agregado militar de la embajada estadounidense. El coronel Carpenter, quien estaba encargado de informar sobre Caputo al Departamento de Estado, comunicó a Washington que el periodista italiano le había enseñado cartas de recomendación firmadas por los embajadores de México y Venezuela, y dirigidas a sus respectivos gobiernos, y una carta más escrita por el presidente mexicano en la que Caputo era retratado como una persona estimada en el círculo del poder. Caputo le reveló además que había sido él quien había proporcionado al gobierno mexicano los

datos que condujeron a la ruptura con la URSS. Pero eso no era todo: Caputo, supuestamente, sabía que un cargamento de armas, revólveres y ametralladoras estaba en camino hacia Estados Unidos “para ser utilizado por los agitadores bolcheviques”. Para hacer su aseveración más creíble, Caputo traía tres ejemplares de las armas que supuestamente los agentes rusos utilizarían para llevar a cabo sus atentados en Estados Unidos y con los que atacarían a la Casa Blanca y al presidente.<sup>12</sup>

En junio de 1930 Caputo, ya en Washington, se entrevistó con un funcionario del Departamento de Comercio y con otro de la oficina para Europa occidental del Departamento de Estado. Por conducto de esta persona Caputo logró reunirse con Earl Packer, asistente del director de la oficina para los asuntos de Europa oriental. Si bien Caputo había podido contar cualquier embuste a los diplomáticos estadounidenses y mexicanos en Alemania sin caer en descrédito, el periodista se sobrestimó al ponerse a la misma altura de los funcionarios de la oficina para los asuntos de Europa oriental, cuyo trabajo cotidiano consistía precisamente en reunir y analizar la información proveniente de la Unión Soviética. Para ello contaban con una estación de espionaje en Riga, Letonia, que les proporcionaba regularmente datos y documentos soviéticos. Además, contaban con la pericia en soviología de su director Robert Kelley.<sup>13</sup>

Ante el experto en los asuntos soviéticos, Caputo sacó de su fantasía un nuevo organigrama de la Internacional Comunista y la increíble idea de que millones de dólares de las empresas estadounidenses —en plena crisis económica— habían sido enviados a la Unión Soviética “para ayudar a los bolcheviques en su actividad internacional en contra del mundo capitalista”. Adicionalmente, Caputo presentó datos sobre “una nueva campaña de terror” que se cerniría sobre Estados Unidos a partir del otoño. Y según lo que ya había anticipado al secretario del Interior, Ray Liman Wilbur, los soviéticos preparaban atentados contra altos funcionarios del gobierno. Packer le preguntó por nombres y fechas de los envíos de las armas que había mencionado. Caputo, después de vacilar un segun-

do, escribió en un papel el nombre de “James Smith”, ni más ni menos.<sup>14</sup> Finalmente, Caputo mencionó que de Washington se iría a México. Para confirmar sus buenos contactos, exhibió a la cancillería la antes mencionada carta de recomendación del embajador mexicano en Berlín.

En general, Packer no se quedó con una impresión del todo negativa de Caputo, pero sí consideró que la información que el italiano poseía era poco confiable y sus motivaciones poco honradas. Inclusive, dijo, podía tratarse de un agente comunista.

Caputo nunca llegó a México. Tampoco consiguió empleo en el gobierno estadounidense. A falta de otras opciones, el italiano se puso en contacto con la American Vigilant Intelligence Federation (Federación Americana de Inteligencia Vigilante), con sede en Chicago, a la que se ofreció para representarla en Europa. Según Caputo, los objetivos de la Federación y los suyos eran idénticos.

Esta Federación, igual que la National Civic Federation, la American Legion y Better America—organizaciones anticomunistas, nacionalistas, xenófobas y fanáticamente proestadounidenses— se había constituido en un compacto grupo de presión desde principios de los años veinte. Su objetivo era señalar a los izquierdistas en la sociedad estadounidense para que el Departamento de Justicia los investigara. A mediados de los veinte se dedicaron a cabildear con el fin de desestimular el comercio entre Estados Unidos y la URSS, que había estado creciendo. A finales de ese mismo decenio el gobierno de Estados Unidos estaba dividido entre los partidarios y oponentes al reconocimiento de la Unión Soviética. Algunos funcionarios creían que bajo Stalin la URSS era una potencia como cualquier otra, mientras que los adversarios al reconocimiento diplomático veían en ella al país que buscaba la destrucción del mundo libre. Fue entonces cuando aquellos grupos anticomunistas cabildearon para obstaculizar el reconocimiento. Después de que en 1929 Estados Unidos cayó en una profunda crisis, las mismas organizaciones temían que el desplome económico fuera a servir de acicate para que el presidente Herbert Hoover reconociera a la URSS e

intensificara el comercio entre los dos países para aliviar el desempleo y la penuria de los estadounidenses.<sup>16</sup> Los dirigentes de estas organizaciones —Ralph Easley, Harry Wilbur Corran, Harry Yung y Nelson Hewitt— cabildeaban en el Congreso y en el Departamento de Estado, y estaban detrás de la creación del primer comité del Congreso para investigar el comunismo, mismo que empezó a funcionar en 1930 bajo la dirección del congresista Hamilton Fish.<sup>16</sup>

En 1932 Caputo, como secretario general de la sección europea de la American Vigilant Intelligence Federation, se acercó a los embajadores de Colombia, Bolivia, Venezuela, Brasil y Perú con la misma historia del peligro soviético en ciernes sobre sus respectivos países. Solamente el embajador colombiano pareció perturbado por la noticia. Pero en 1932 la Federación que Caputo representaba estaba perdiendo influencia y credibilidad en la opinión pública gracias a la difusión de información infundada de Caputo. La Oficina de la Inteligencia Naval, por ejemplo, consideraba la información que la Federación le proporcionaba como exagerada e inservible para los servicios de espionaje estadounidenses.<sup>17</sup> Además, el director de la Federación, Harry Yung, ya se había gastado su fortuna personal, con la que mantenía a la organización.

El círculo se le estaba cerrando a Caputo. Desde Londres la embajada de Estados Unidos informó a Washington que los datos que Caputo había proporcionado regularmente a los servicios británicos de inteligencia acerca de las actividades sediciosas en contra del país, los ingleses los encontraban inservibles.<sup>18</sup> También la Federación que Caputo representaba en Europa llegó a desconfiar de su enviado. Cuando checó la información que el italiano había proporcionado a los embajadores latinoamericanos en Berlín, cromprobó “que carecía de fundamento alguno”.<sup>19</sup> Poco a poco Caputo quedó desacreditado ante los gobiernos, ante los servicios de inteligencia y ante las organizaciones anticomunistas. Una vez que el gobierno estadounidense perdió interés en Caputo, cerró su expediente. No sabemos cuál fue su suerte posterior, pues su historia termina allí.

## El contexto y algunas reflexiones

El rompimiento de las relaciones diplomáticas con la URSS se suscitó en medio de una exacerbada sensibilidad del gobierno mexicano hacia cualquier tipo de oposición. Primero, en julio de 1928 ocurrió el magnicidio del presidente electo Álvaro Obregón. Éste fue seguido en marzo de 1929 por el levantamiento de los generales obregonistas al mando de José Gonzalo Escobar, que no se consideraron representados por el gobierno provisional de Portes Gil. En octubre de 1929 cayó la bolsa de valores en Wall Street sin que se pudieran predecir sus repercusiones en México. Aunado a lo anterior, el conflicto religioso entre el estado y la Iglesia católica, que ya tenía tres años de duración, no se resolvía, y además surgió un nuevo conflicto entre el estado y la CROM, su antiguo e incondicional aliado. La lucha de la Universidad Nacional frente al estado por su autonomía representó para el gobierno un escollo adicional.<sup>20</sup>

Antes de suscitarse, Calles y los suyos temían el estallido de una rebelión militar, y trataron de conjurarla. Sabían bien que un conflicto de esa envergadura repercutiría en las relaciones de México con Estados Unidos. Abelardo Rodríguez, gobernador del Distrito Norte de Baja California, se lo advirtió así al jefe de las operaciones militares en Veracruz, Jesús Aguirre, unas semanas antes de que éste se adhiriera al escobarismo:

En estos momentos en que el mundo entero tiene fijos sus ojos en nuestro país, considerando que es la última oportunidad que tiene para demostrar que es o puede considerársele una nación civilizada, una revuelta nos traería el desastre más espantoso y tal vez hasta el peligro de dejar de ser un país libre e independiente.<sup>21</sup>

Pero la rebelión estalló y en lugar de que el país se encaminara hacia ser “una nación civilizada”, se alejó. En las elecciones presidenciales de julio del mismo año se presentaron dos candidatos de oposición: José Vasconcelos, quien fue el candidato de la desencantada clase media

y de los estudiantes, y el general Pedro Triana, que se presentó en nombre del combativo Partido Comunista y que no ocultaba que su objetivo era llegar al poder para que en México gobernaran los obreros y los campesinos. Pero el gobierno no toleró oposición alguna y masacró y encarceló a los cabecillas de ambas corrientes. De allí en adelante el pueblo de Topilejo ha estado asociado con la masacre de los vasconcelistas, y las Islas Marías se han conocido mejor como la cárcel de los comunistas.

Los conflictos internos condicionaron la sensibilidad del gobierno hacia su entorno externo. Cuando el primero de diciembre de 1928 Calles declaró ante la nación: “dejo del todo normalizada y sin ningún problema que en estos momentos pueda causar ansiedad ni trastornos, la situación internacional de México”,<sup>22</sup> decía una verdad a medias. Era cierto que las relaciones con Estados Unidos habían mejorado notablemente desde que Dwight Morrow llegara a México en otoño de 1927; sin embargo, esa relación estaba pendiente de un hilo, puesto que dependía de la estabilidad interna. Morrow defendía a México y a los mexicanos ante los magnates industriales y ante los políticos conservadores de su país, siempre y cuando el gobierno diera muestras de su disposición para encarar los problemas internos en colaboración con los estadounidenses.

Pero si bien las relaciones con el país vecino auguraban un tranquilo desenvolvimiento, con la Unión Soviética se volvían cada vez más difíciles. Primero se dio la participación organizativa y económica de los comunistas y de la embajada soviética en la huelga ferrocarrilera que se prolongó de fines de 1926 a la primavera del año siguiente. Esto provocó el retiro de México del embajador Stanislav Pestkovsky y su sustitución por Alexandra Kollontai. Luego, la llegada de la renombrada bolchevique rusa fue motivo de las más escandalosas noticias en la prensa de Estados Unidos y México. Y además de las noticias que el gobierno obtenía por los medios de comunicación públicos, recibía otras inquietantes acerca de la inclusión de México en los designios de la Unión Soviética para crear un mundo nuevo dominado por los parti-

dos comunistas. Ya durante el verano de 1928 la cancillería había recibido del cónsul mexicano en Amberes, Bélgica, una lista con ochenta nombres de supuestos “agentes del comité de acción y propaganda de la III Internacional en el extranjero” que estaban en camino

a México a través de varios puertos europeos para organizar agitación comunista en este país en vista de las condiciones políticas que se creía existían en México desde la muerte de Obregón y para establecer el centro de propaganda y agitación en México sobre todo en atención a Estados Unidos y otros países de este continente.<sup>23</sup>

En esa ocasión, Estrada entregó la información al embajador Morrow, quien la envió al Departamento de Estado. Como Estrada explicó a Morrow, no le preocupaba la fuerza política de los comunistas mexicanos sino que la muerte de Obregón fuera utilizada para provocar una confusión todavía mayor de la que ya existía en México. El gobierno tenía indicios de que tal eventualidad podría darse —añadió Estrada— porque había evidencia de que la literatura comunista elaborada por la Comintern llegaba a domicilios mexicanos, “sobre todo de gente de la clase baja”.<sup>24</sup> En consecuencia, Estrada advirtió a los funcionarios de aduanas en los puertos de entrada a México que existía el peligro de que llegaran comunistas indeseables. Morrow puso en alerta al gobierno estadounidense en caso de que individuos sospechosos trataran de cruzar la frontera con México desde Estados Unidos. El secretario de Estado, Frank Kellogg, se sintió complacido por la actitud vigilante del canciller mexicano y pidió más información que arrojar luz acerca de las personas, los barcos y los puertos de embarque que los comunistas utilizarían para emprender su travesía hacia México. En octubre, Estrada proporcionó los detalles que el gobierno de Estados Unidos había solicitado.<sup>25</sup>

Haciendo un análisis de los documentos —mismo que Estrada no hizo— resulta que se trataba de falsificaciones. Los ochenta activistas consignados en la lista revelan una mezcolanza de

nombres judíos, rusos, checos y polacos que concuerda con la concepción común (antisemita) de que la mayoría de los bolcheviques eran judíos y europeos del Este. Los individuos de la lista fueron descritos como poseedores de pasaportes falsos y de bolsillos repletos de billetes también falsificados. Trece de los activistas de la lista eran supuestamente miembros del comité central del Partido Comunista Mexicano, que regresaban del congreso de la Comintern que acababa de terminar sus sesiones en Moscú.

El contenido de los documentos era espúreo. Era cierto que el congreso de la Comintern había tenido lugar ese verano de 1928 y que los comunistas habían sido instruidos allí sobre los métodos de lucha revolucionaria en América Latina para derrocar a los gobiernos burgueses, pero el plan de la Comintern descrito en uno de los documentos superaba con creces el programa real de la Internacional. Los individuos del documento fueron retratados como terroristas y el comité central del PCM, que supuestamente viajaba junto con esa pandilla indeseable, fue identificado con ella.<sup>26</sup> El gobierno mexicano aceptó los documentos como genuinos pero no los hizo del conocimiento público.

Los informes que el gobierno recibía del embajador en Moscú, Jesús Silva Herzog, desde julio de 1929, reforzaban la impresión que habían creado los documentos arriba citados. Silva Herzog detallaba la creciente animadversión del gobierno bochevique hacia México después de la ejecución de los dirigentes campesinos Guadalupe Rodríguez y Salvador Gómez en Durango en mayo de 1929. Si la vida social de Silva Herzog era restringida antes de julio de 1929, después del asesinato de Rodríguez y Gómez las instituciones soviéticas lo aislaron totalmente.<sup>27</sup> Los artículos antimexicanos que la prensa soviética publicaba a diario, lo ofendían. Inclusive, el ex embajador Pestkovsky contribuyó a ello con un artículo en *Pravda*. Silva Herzog lo consideró insultante para las autoridades mexicanas. En el colmo, la Comintern publicó un manifiesto dirigido al proletariado mexicano, latinoamericano y del mundo entero sobre el carácter fascista del gobierno mexicano y llamó a protestar en las calles de México y otras

ciudades importantes. Silva Herzog mandó cartas de extrañamiento al canciller Maxim Litvinov, quien trató de minimizar la gravedad del asunto. Litvinov quiso hacerle creer al embajador que la prensa de la Comintern era independiente del gobierno y representaba el punto de vista de los partidos comunistas “de casi todos los países”.<sup>28</sup> Silva Herzog no se dejaba engañar.

Poco después, el embajador mexicano informó que su correo estaba siendo interceptado y la embajada vigilada, de tal manera que cada vez que necesitaba enviar una comunicación a México, tenía que pagar a un mensajero para que la llevara a Berlín y la mandara desde allí. Fue precisamente durante esos días turbulentos cuando sus viejos amigos, Eduardo Villaseñor y Juan de Dios Bojórquez, ambos cercanos a Calles, lo visitaron en Moscú. El embajador les dio el manifiesto de la Comintern para que se lo enseñaran a Calles, con quien se iban a encontrar en París. Así, “el jefe máximo” leyó la condena soviética hacia el régimen mexicano unos diez días después de que fuera proclamada y unos pocos antes de que regresara a México para dirigir la siguiente elección presidencial.<sup>29</sup>

Después de aquellos últimos acontecimientos, Jesús Silva Herzog se sintió defraudado y se puso a reflexionar sobre su papel en la URSS, el significado de las relaciones mexicano-soviéticas y las dos revoluciones. Al haber establecido las relaciones en 1924, México se equivocó, cometió “un error que debimos haber reconocido hace mucho tiempo”. Los países que entonces tenían su representación en la URSS eran sus vecinos o tenían relaciones comerciales de gran peso con ella. México no era lo primero ni tenía lo segundo. La Comintern atacaba a los comunistas mexicanos por tibios y oportunistas, pero les enviaba instrucciones y ayuda material. Silva Herzog sabía bien que la campaña antigubernista de los comunistas mexicanos se había originado en Moscú.<sup>30</sup>

Para diciembre de 1929, después de diez meses en Moscú, Silva Herzog se encontraba deprimido. La Unión Soviética, gobernada por su Partido Comunista, había convertido la dictadura del proletariado en la dictadura del comité

central, es más, en la dictadura de Stalin mismo. En política exterior la URSS mantenía relaciones económicas y políticas con países a los que en realidad despreciaba y atacaba a través de la Comintern. Esta política, que a los países extranjeros les parecía irracional, encajaba en la lógica y la conveniencia de los rusos: el éxito del capitalismo significaba la ruina de la Unión Soviética, mientras que la ruina del capitalismo significaba el éxito soviético.

Vista la URSS de esta manera, ¿para qué mantener las relaciones entre México y la Unión Soviética? La embajada soviética en México logró su propósito de convertirse en un centro de propaganda comunista. La vida de la embajada mexicana en Moscú, por el contrario, era aburrida y precaria. No había podido hacer nada constructivo debido al ambiente hostil y al freno a sus actividades. El embajador mexicano en Moscú no era más que un observador pasivo: el gobierno soviético impedía a su gente que se enterara de otras culturas y negaba la validez de otras vías hacia el mejoramiento de la vida de las mayorías que no fuera la suya. En breve, México y la Unión Soviética fracasaron en desarrollar un nexo significativo por falta de una base racial, histórica y lingüística común. Y según observé anteriormente, Silva Herzog creía “que en el fondo han de sonreír de nuestra noble actitud un poco romántica de tener en Moscú una misión costosa sin tener ningún interés material que defender”.<sup>31</sup> La misión mexicana en Moscú era superflua.

Visto todo en conjunto, los documentos que el gobierno de Portes Gil recibió en enero de 1930 no eran sino un eslabón más de una larga cadena de acontecimientos, cada uno confirmando el anterior y reforzando la creencia del gobierno en que un complot de gran envergadura se cernía sobre el país. Portes Gil nunca le preguntó a Silva Herzog si era realizable un plan subversivo de la magnitud que los documentos recibidos por la embajada en Berlín detallaban. Tampoco averiguó si las instancias y las personas que los documentos pusieron como responsables del plan existían realmente. De haberlo hecho, hubiera encontrado que el órgano central de la Comintern se llamaba comité

ejecutivo y no buró político, y que los personajes a los que Caputo puso nombres y apellidos eran simple y sencillamente inventos suyos.

No hay que descartar el efecto que produjeron los pronunciamientos y las actividades de los comunistas mexicanos, que finalmente confirmaban la convicción del gobierno de que los soviéticos sí intentaban derrocarlo. Hay que recordar que al iniciarse el levantamiento militar en marzo de 1929, los campesinos se pusieron primero del lado de las fuerzas del gobierno. Sin embargo, en el transcurso de la rebelión decidieron aprovechar la oportunidad y convertir la “guerra civil” en una insurrección por el poder. Lo más probable es que haya sido la Comintern la que considerara un error la participación de los campesinos del lado del gobierno y en contra de los militares insurrectos. Apoyar al gobierno era lo mismo que apoyar al imperialismo.<sup>32</sup> Según esta dogmática posición de los funcionarios de la Tercera Internacional, la rebelión militar había sido financiada por los capitalistas ingleses para derrocar al gobierno mexicano, al que consideraban un títere de su rival, Estados Unidos.

Varias fuentes confirman la tesis del cambio de la intencionalidad del Partido Comunista durante la rebelión. Vittorio Vidali, quien era uno de sus dirigentes, y Bernardo Claraval, quien era entonces uno de los soldados de la revolución, la sostienen.<sup>33</sup> Finalmente, en el archivo de la Comintern se encuentran documentos que reafirman que el partido vio en la rebelión la justicia de las tesis sostenidas por los dirigentes bolcheviques en el sentido de que tras cierta quietud entre las masas trabajadoras había vuelto el ciclo de las revoluciones. El papel que Siqueiros desempeñó en estos turbulentos acontecimientos—nada explícito en su autobiografía—<sup>34</sup> resulta más claro que la lectura de los documentos archivados en el acervo de la Comintern. De allí se desprende que el partido envió a Durango al dirigente campesino José Guadalupe Rodríguez, miembro del comité central del PCM y de la Liga Nacional Agraria, “con la consigna de proveerse de armas y caballos y de organizar a los campesinos” para combatir al ejército federal. Creyendo que había llegado la

hora de la insurrección general, Rodríguez se hizo conspicuo, pues "su actividad fue extraordinaria, pero algo aparatosa, marcando a los caballos con la hoz y el martillo". Después de que Rodríguez fuera hecho prisionero del gobierno, el mismo Siqueiros cablegrafió a los otros dirigentes de Durango para "que no entregaran las armas y que si los querían desarmar, se resistieran y se fueran para el monte".<sup>35</sup> Y después de que Rodríguez y Gómez fueron asesinados por órdenes de Calles, Siqueiros —quien se encontraba en Montevideo para participar en la fundación del Congreso Sindical Latinoamericano— no se anduvo por las ramas cuando telegrafió a Calles y le dijo que la decisión de fusilar a los dos dirigentes "es [el] resultado lógico [de la] subordinación [del] gobierno del México al imperialismo yanqui del cual usted es actualmente [el] mejor aliado, traicionando la Revolución".<sup>36</sup> La combativa participación de los comunistas en la campaña presidencial, y luego en las elecciones, tampoco infundió confianza al gobierno acerca de la seriedad de los comunistas cuando decían lo siguiente:

Naturalmente, nosotros no creemos en la democracia. Hoy no existe sino la democracia burguesa, que es, en el fondo, la dictadura de la burguesía. El Partido Comunista lucha no por conquistar puestos políticos en el régimen burgués sino por destruirlo e implantar el gobierno de los trabajadores.<sup>37</sup>

La burguesía no entregaría el poder de manera pacífica, por lo que "tendremos que tomarlo por la fuerza". Y para asegurarse de que los obreros no votaran por el candidato del gobierno, el partido declaró: "necesitamos independizar a las masas trabajadoras, separarlas de los elementos burgueses y pequeñoburgueses que las han dirigido y utilizado hasta hoy en provecho de su política".<sup>38</sup> En su conjunto, todos los pronunciamientos de los comunistas sonaban a declaración de guerra al gobierno. Éste no se quedó pasivo ante las desafiantes declaraciones de los comunistas. Hacia enero de 1930 te-

nía amplias pruebas de su hostilidad, apoyada por la Unión Soviética. Perseguir a unos y romper con la URSS era un desenlace lógico, además de ser políticamente necesario. Si el gobierno mexicano creía que Caputo era un empleado del gobierno de Estados Unidos —y en 1930 no tenía por qué dudar— no podía hacer otra cosa que romper relaciones diplomáticas con la URSS. Si México quería mantener las buenas relaciones con Estados Unidos sin que éste interfiriera en los asuntos internos, y si quería preservar la credibilidad de ser un país serio, tenía que demostrarle que era responsable consigo mismo y con sus vecinos.

Si el gobierno mexicano no hacía caso de las ominosas advertencias de Caputo, corría el riesgo de ser acusado de cómplice de los soviéticos. Al fin y al cabo estaba el recuerdo de las consecuencias padecidas durante los diez años anteriores, cuando México y la URSS eran considerados malhechores internacionales por los empresarios y los gobiernos norteamericanos y británico, y cuando temían que la Revolución mexicana pudiera contagiar al resto de América Latina. Dañas las buenas relaciones que se habían logrado entre México y Estados Unidos, el gobierno mexicano tuvo que demostrar al norteamericano que era vigilante y no descuidaba los imperativos de la seguridad del país, de sus vecinos al sur de la frontera y de la seguridad nacional de Estados Unidos.

Pero, finalmente, lo que refleja la aceptación no cuestionada de los documentos elaborados por un estafador es la fragilidad de la estabilidad política del gobierno mexicano a fines de la década de los veinte. La reelección de Obregón en 1928 violó el principio enarbolado por el "mártir" de la revolución, F. I. Madero, con la anuencia de los mismos "revolucionarios". Los grupos políticos que durante los años veinte contendían por el poder del estado —aunque fueron reducidos por los fallidos conatos de rebelión en 1923-1924 y en 1927— demostraron que seguían dispuestos a tomar las armas para llegar a la cumbre del poder. El gobierno sabía que estaba lejos de haber satisfecho las demandas de los campesinos y que solamente gracias a la CROM el descontento obrero había queda-

do contenido. Ahora, en 1929, no contaba ya ni con la alianza incondicional de la Central de los trabajadores. Esa falta de seguridad en su capacidad de poder unir a las fuerzas políticas dispersadas por la muerte del caudillo era lo que había motivado a la cúpula gubernamental a crear un partido de estado que las aglutinara y al mismo tiempo reprimir a las fuerzas que se habían negado a ingresar en el mismo Partido

Nacional Revolucionario. Así, visto el conjunto de la política del país y la psicología del grupo en el poder, las noticias que Caputo había inventado acerca de los ataques rusos en México tocaron una fibra sensible en un gobierno que temía que se cumplieran las profecías de conspiración. La represión indiscriminada que había emprendido en 1929 y 1930 no fue sino una represalia anticipada.

## Notas

<sup>1</sup> Emilio Portes Gil, *Quince años de política mexicana*, México, Ed. Botas, 1954, p. 393.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 400.

<sup>4</sup> Entre ellos, los más notables son Jesús Silva Herzog, *Una vida en la vida de México*, México, Siglo XXI/SEP, 1986 (1972); Héctor Cárdenas, *Historia de las relaciones entre México y Rusia*, México, SRE/FCE, 1993; Enrique Arriola Woog, *Sobre rusos y Rusia: antología documental*, México, Lotería Nacional para la Asistencia Pública, 1994.

<sup>5</sup> Primo Villa Michel a la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE), Berlín, 11 de enero de 1930, y Villa Michel a SRE, Berlín, 14 de marzo de 1930; Herschel Johnson a Genaro Estrada, México, 29 de abril de 1930; Arthur Bliss Lane a Genaro Estrada, México, 19 de noviembre de 1930, en Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores (ASRE), 41-26-135.

<sup>6</sup> El artículo se basa en documentos recientemente investigados en los Archivos Nacionales de Estados Unidos (NARA, por sus siglas en inglés). Estos documentos se encuentran en el acervo de los General Records of the Department of State, Record Group 59, decimal file 800. Los General Records del Departamento de Estado no han sido explorados por los historiadores y fue una sorpresa encontrar en ellos materiales relativos a México. Los documentos aquí analizados se encuentran en la caja 4500, carpeta 800.00B-Caputo, Alf.

<sup>7</sup> Alf Caputo a Henry L. Stimson, Berlín, 11 de abril de 1929, NARA, DS, RG 59, 800.00B-Caputo, Alf/12.

<sup>8</sup> Caputo al secretario de Estado, Berlín, 7 de marzo de 1930, *idem.*

<sup>9</sup> Véase documento de Cartones y cosas vistas pp. 131-134 de este número.

<sup>10</sup> Herschel V. Johnson al secretario de Estado, México, 25 de abril de 1930, NARA, RG 59, 800.00B Caputo, Alf/12.

<sup>11</sup> Herschel Johnson al secretario de Estado, México, 25 de abril de 1930, NARA, General Records of the Department of State, RG 59, 800.00B Caputo, Alf/12.

<sup>12</sup> Raymond H. Geist al secretario de Estado, 28 de mayo de 1930, NARA, 800.00B Caputo, Alf/17.

<sup>13</sup> Frederic Lewis Propas, "The State Department, Bureaucratic Politics and Soviet-American Relations", tesis doctoral, Universidad de California, Los Ángeles, 1982.

<sup>14</sup> "Conversation of Mr. Earl Packer and Mr. Alf Caputo", Department of State, Division of Eastern European Affairs, Washington, 2 de julio de 1930, NARA, General Records of the Department of State, RG 59, 800.00B, Caputo, Alf/17.

<sup>15</sup> Anthony Troncone, "Hamilton Fish Sr. and the Politics of American Nationalism, 1912-1945", tesis doctoral, UMI, Dissertation Services, Ann Arbor, Michigan, 1993, pp. 128-130.

<sup>16</sup> *Ibid.*

<sup>17</sup> Comandante Kirkpatrick de la Oficina de Inteligencia Naval a Frederic M. Sackett (conversación telefónica), Berlín, 15 de abril de 1932, NARA, DS, RG 59, 800.00B, Caputo, Alf/55.

<sup>18</sup> "Memorandum", Embajada de Estados Unidos, Londres, 13 de junio de 1932, *idem*, Caputo, Alf/58.

<sup>19</sup> "Memorandum", Departamento de Estado a la Embajada de Estados Unidos en Londres, Washington, 28 de junio de 1932, *idem*, Caputo, Alf/56.

<sup>20</sup> El periodo es analizado por varios autores, entre ellos: Lorenzo Meyer, *El conflicto social y los gobiernos del maximato*, México, El Colegio de México, 1980; Tzvi Medin, *El minimato presidencial: la historia política del maximato (1928-1935)*, México, ERA, 1982; Arnaldo Córdova, *La Revolución en crisis. La aventura del maximato*, México, Cal y Arena, 1995.

<sup>21</sup> Abelardo L. Rodríguez al general Jesús M. Aguirre, Mexicali, 4 de febrero de 1929, en Carlos Macías (ed.), *Plutarco Elías Calles. Correspondencia personal (1919-1945)*, México, FCE, Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca, Instituto Sonorense de Cultura, Gobierno del Estado de Sonora, 1991, p. 209.

<sup>22</sup> Citado por Arnaldo Córdova, *op. cit.*, p. 159.

<sup>23</sup> Dwight Morrow al Departamento de Estado, México, 28 de julio de 1928; Anexo núm. 1: "Lista completa de los agentes de la III Internacional de la Comisión de Acción Directa y Propaganda en el Extranjero nombrados para la organización del Centro de Acción de Amé-

rica Central”, NARA, Records of the Department of State Relating to the Internal Affairs of Mexico, 1910-1929, rollo 90, exp. 812.00B/205 y exp. 812.00B/216.

<sup>24</sup> *Idem.*

<sup>25</sup> Morrow al Departamento de Estado, México, 3 de agosto de 1928, USDSMEX, rollo 90, exp. 812.00B/207; Morrow al Departamento de Estado, México, 9 de agosto de 1928, exp. 812.00B/206; Morrow al Departamento de Estado, México, 9 de octubre de 1928, exp. 812.00B/210.

<sup>26</sup> Falsificaciones como éstas pasaron por alto la ortografía correcta de nombres extranjeros y nombres de las instituciones soviéticas. Por ejemplo, uno de los documentos mencionó el comité central de la Comintern, mientras que su órgano máximo era el comité ejecutivo. Otro documento mencionó que el comité central del PCM se componía de trece miembros, cuando en realidad tenía cinco. Sus nombres en el documento no coincidían con los nombres reales. Todos, salvo uno, fueron inventos de los fabricantes del documento. Véase Vilém Kahan (ed.), *Bibliography of the Communist International, 1919-1979*, vol. 1, Leiden, E. J. Brill, 1990.

<sup>27</sup> Como consejero de la Liga Nacional Agraria, Silva Herzog conoció a Rodríguez, y poco tiempo antes de irse a la URSS se reunió con él y los demás dirigentes de la Liga. Allí Rodríguez dijo que “ya era tiempo de hacer la revolución comunista en México”. Silva Herzog no estuvo de acuerdo: “Yo le repliqué que eso era utópico porque México no estaba preparado y que lanzarse a una

lucha con propósitos tales sería sacrificar estérilmente a los campesinos.” Jesús Silva Herzog, *Una vida ...*, op. cit., 1986, pp. 113-114.

<sup>28</sup> Litvinov a Silva Herzog, Moscú, 26 de octubre de 1929, ASRE, 14-25-2 y Archivo de Política Exterior de la Federación Rusa (AVPRF por sus siglas en ruso), Oficina de México, registro 1-i, exp. 1.

<sup>29</sup> Jesús Silva Herzog, *Una vida...*, op. cit., p. 115.

<sup>30</sup> “Informe político confidencial”, Jesús Silva Herzog a SRE, Moscú, 4 de julio de 1929, ASRE, 14-25-2.

<sup>31</sup> “Informe político confidencial”, Jesús Silva Herzog a SRE, Moscú, 4 de diciembre de 1929, ASRE, 14-25-2.

<sup>32</sup> “ECCI Manifesto on Mexico”, *Inprecorr* 9, 19 de julio de 1929, p. 732.

<sup>33</sup> Vittorio Vidali, *Comandante Carlos*, México, Ed. de Cultura Popular, 1986, pp. 63-64; Bernardo Claraval, *Cuando fui comunista*, México, Ed. Polis, 1944, p. 111.

<sup>34</sup> David Alfaro Siqueiros, *Me llamaban el Coronelazo*, México, Ed. Grijalbo, cap. XII.

<sup>35</sup> Conversaciones con los delegados de México” por Luis, Buenos Aires, 28 de mayo de 1929, Centro Ruso para la Preservación y Estudio de Documentos de la Historia Contemporánea, fondo 495, registro 79, exp. 9.

<sup>36</sup> En Carlos Macías, *Plutarco Elías Calles...*, op. cit., p. 218.

<sup>37</sup> “La participación del Partido C. en la lucha electoral”, *El Machete*, núm. 178, 7 de noviembre de 1929.

<sup>38</sup> *Idem.*

